

HOMENAJE

Hacia el corazón podrido del grito: *Río de gelatina*, de Eduardo Rosenzvaig

Towards the rotten heart of the scream: *Río de gelatina* by
Eduardo Rosenzvaig

ISABEL ARÁOZ

Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos (IIELA) -
Universidad Nacional de Tucumán
Tucumán

ORCID: 0000-0001-8584-6125

isabel.araoz@filo.unt.edu.ar

Cubriendo territorios inmensos –me explicaba [el Adelantado]–, encerrando montañas, abismos, tesoros, pueblos errantes, vestigios de civilizaciones perdidas, la selva era, sin embargo, un mundo compacto, entero, que alimentaba su fauna y sus hombres, modelaba sus propias nubes, armaba sus meteoros, elaboraba sus lluvias: nación escondida, mapa en clave, vasto país vegetal de muy pocas puertas.

Los pasos perdidos de Alejo Carpentier (1996: 165).

Allí la naturaleza expande sus fuerzas con verdadera lujuria: de aquí que surja la vida por todas partes y se transmita en palpitations de amor para perpetuarse mejorada en los tiempos.

Viaje de exploración al río Pilcomayo de Luis J. Fontana (1883: 8).



Un verde intenso envuelve las páginas de esta novela póstuma de Eduardo Rosenzvaig (1951-2011) como el follaje que devora a los expedicionarios de la selva y cuya metáfora del engulle puede ser rastreada en un *corpus* que se escribe con persistencia desde América Latina. Veinte años han transcurrido desde que el historiador con alma de novelista (o viceversa) inició este camino creativo: una década para escribirla y corregirla “hasta sus últimos días, mirando con los ojos chiquitos pegado al papel apurado y embarrado de tinta”¹ (otra figura al tono de “esa consistencia lenta y pesada y marrón” del *Río de gelatina* (2021: 25). Otros diez años hasta su publicación gracias a La Papa, editorial independiente de Tucumán, para complacencia de sus lectores. En el décimo aniversario de su muerte, Revista *Telar* celebra una vida prolífica atravesada por la investigación, el compromiso y una escritura incesante.

Viajes, lecturas y textos se entrecruzan en *Río de gelatina*. La superposición de geografías reales e imaginarias, compone un archivo a contraluz. Corroe el mito de una nación, revela las puntadas de su construcción y con ello, se restituye una historia desgarrada de lo continental.

Las voces de los ríos y la conquista de América

El río va quedando atrás: una banda de gelatina seca, una orla ancha de limo alimentado de muertos, ese espiral atornillado a las sombras (Rosenzvaig, 2021:26).

El río de gelatina habla. Los gemidos llaman al coronel Luis Jorge Fontana como el canto de sirena y comienza junto con su grupo explorador la “marcha de barro hacia el corazón” de las lamentaciones (2021: 29). La novela, que puede ser pensada en una clara inscripción con las “ficciones de archivo” de la nueva narrativa latinoamericana (González Echevarría, 2011), emula el gesto de ir tras los pasos perdidos de la historia de América asolada por la peste del olvido. En ese

¹ Así lo recuerda Marina, su hija, en las breves escenas con algunas fotografías agregadas en la sección de “Memoria” que acompañan la edición.

camino sinuoso de la escritura, leemos el proceso de invención del continente, situado en la singularidad del área geocultural del Gran Chaco, la segunda reserva natural de la región continental después del Amazonas.

A contracorriente de la idea de que América fue descubierta, Edmundo O' Gorman propone la categoría de “invención” para interrogarse sobre la construcción de las representaciones de esa cuarta parte del mundo –el Nuevo Mundo– a partir de un copioso conjunto de crónicas del siglo XVI y otras discursividades que complejizan y tensan ese proceso de invención de América. Un desplazamiento crítico, teórico y político, respecto a la idea del “descubrimiento” que propone pensar el continente desde otro paradigma (Benites, 2021: 257). En ese sentido, *Río de gelatina* es un “modo de dismantelar la invención de América como una operación de resistencia” (Benites, 2021: 264) desde la literatura: Eduardo Rosenzvaig escribe “desde un lugar donde todo es posible, este es el lugar de la exuberancia” (2021), se sumerge en los archivos colonial y también, nacional, explora, indaga, recupera, sospecha, fisura el pasado anquilosado del territorio chaqueño y con ello, le devuelve la densidad sangrienta y la violencia que se inician con la conquista y que persisten a través de los siglos.

Paisajes tan remotos y distantes como la Patagonia, el Gran Chaco y la Amazonía ingresan en el campo discursivo y establecen vinculaciones con la literatura de viaje, la naturaleza y la nación. Como señala Ernesto Livon-Grosman, en el extenso período temporal entre los siglos XVI y XIX, los relatos de viaje se despliegan ampliamente como los territorios y las travesías de los que pretenden dar cuenta (2003: 9). Hay una idea que se replica obsesivamente a pesar de las particularidades de las diferentes regiones: espacios inhóspitos primero, zonas maleables después; inicialmente para los imaginarios europeos y, después, para los criollos que configuran las narraciones fundacionales de los estados-naciones que organizan los territorios y definen sus fronteras (Livon-Grosman, 2003: 12).

Es así como la llamada Campaña del Desierto (1978-1885) arrasa con los “vacíos” superpuestos a dos grandes “zonas inestables” como lo son el Gran Chaco y la Patagonia (que contemplaba la Pampa central). Ambas áreas son reconocidas como “territorios nacionales” con una diferencia de seis años (1972, 1978, respectivamente) en los que se desplazan diversas campañas militares que se encargan de

controlar el espacio y aniquilar a sus poblaciones (Livon-Grosman, 2003: 121-122)².

Los espacios australes y el Gran Chaco funcionan en una cartografía continua de travesías, conquistas y expediciones militares. El coronel Luis Jorge Fontana se desplaza a lo largo del territorio argentino: desde Carmen de Patagones “al sur, límite de nadas” (Rosenzvaig, 2021: 29) en donde lee una y otra vez la *Historia natural y moral de las indias* del misionero español José de Acosta, su adolescencia en Río Negro (Rosenzvaig, 2021: 30), su traslado al norte desde “una tierra semisumergida en la horizontalidad patagónica” (Rosenzvaig, 2021: 31), su participación en la barbarie de la Guerra del Paraguay (en donde perderá un brazo), sus anotaciones en cuadernos que se desarman por la humedad mientras recorre las cuencas hidrográficas del Paraguay y el Pilcomayo (como secretario de la gobernación de Chaco) en 1882 y dos años después, su regreso al sur como el Primer Gobernador del Territorio Nacional de Chubut (1884).

Por otro lado, me parece interesante sumar a este diálogo la propuesta de Ana Pizarro al estudiar la Amazonía, vista como una figura metonímica del proceso de invención del continente (2009). La región constituye un mundo privilegiado de biodiversidad, recursos hídricos y pluralidad cultural (2009: 11), que en ocasiones ha sido “despreciada” por los estudios centrados en lo andino (2009: 17) o por la lejanía geográfica que se establece con el sur de América. Hago una observación de la autora que me gustaría recordar aquí³: la primera es “la especificidad de lo fluvial” que se puede observar en los discursos de descubridores o viajeros científicos marcados por la presencia del agua –una “nación de agua” (Pizarro, 2009: 15)– que traspasa los límites de varios países latinoamericanos. Sin embargo –y sin descontar los procesos históricos culturales específicos de la Amazonía– es posible mirar con cierta cercanía al Gran Chaco y las exploraciones sucesivas a lo largo de

² El Gran Chaco se desmembró y perdió kilómetros de su extensión dentro de los límites de Argentina con la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870) y la Guerra del Chaco Boreal, ya en el siglo XX (1932-1935). Recién en 1951 fue reconocida como provincia, a diferencia de la Patagonia que se dividió en las actuales gobernaciones en 1884.

³ Otra cuestión es la que vincula el espacio geográfico del Amazonas con las utopías como último reducto que preservaría un pasado intacto (o un futuro posible) siempre acorralado por un extractivismo global. En contraposición, el (Gran) Chaco ha sido devastado y aparentemente, no queda “nada”.

los siglos sobre los cursos de los ríos o sus riberas (cuando la navegación se convertía en una empresa imposible) cuya temporalidad está marcada por el agua.⁴

[...] mientras Fontana escribía cada serpentina o intimidad del río sobre la cubierta resbalosa del Pericles. Selva y mandioca. Selva y maderas [...] Selva, tabaco y esteros. Pero ante todo indios como de color verde, curtidos al cromo y, más selva. La lancha navegaba como sobre pastos. Se veían torbellinos súbitos en el agua que desaparecían con sacudidas de magnitud blanca. La selva adquiría una piel que iba cambiando según el río permanecía a veces dormido, en otros encendido o en germinaciones (Rosenzvaig, 2021: 42).

Esas aguas se entrelazan con el ímpetu de una naturaleza indomable e impenetrable; la presencia silenciosa –y amenazante– de los indígenas entre el follaje⁵; los imaginarios incipientes de los estados y el trazado de sus límites; los proyectos de modernización que impactan directamente sobre los recursos naturales y sus poblaciones. Como expresa la novela: “Todo río es un estorbo cuando se lo denomina ‘desierto’ “ (Rosenzvaig, 2021: 92). Frente a esa “nada” que no es tal, coincido con Pizarro cuando señala: “El mundo americano es percibido como un universo de turbulencias. Frente al intento ordenador –modernizador– de la colonización, emerge por todas partes y a todos los niveles, tanto natural como social, un universo inestable, imprevisible... (2009: 75)”.

⁴ La orografía del extenso Chaco contempla los ríos Timane, Parapeli, Paraguay, Pilcomayo, Teuco, Bermejo, Paraná, Salado y Dulce y sobrepasa los límites de Bolivia, Paraguay, Argentina y Brasil.

⁵ Escribe Fontana: “Los indios, que anteriormente sentíamos á mucha distancia, empezaron á acercarse, abandonando, sin que de ello nos diéramos cuenta, sus posiciones á retaguardia para precedernos en la marcha, limitándose á un género muy curioso de la hostilidad: incendiaban los pajonales dónde debíamos atravesar y cortaban palmeras que arrojaban al río con objeto de obstruirnos el paso” (1883: 20).

“Con un brazo indio y el otro exhausto”

La desnudez y la fatiga nos habían igualado á todos físicamente ya que moralmente lo estábamos desde la salida por los nobles vínculos del amor á la patria, el cumplimiento del deber y la disciplina militar (Fontana, 1883: 25).

Río de gelatina es la travesía por “un río como orinado por la vía láctea” (2021: 25). Un trayecto hacia lo desconocido en busca de esos “llantos largos como lengua de iguana” a falta de un “botín” imposible que nunca se encuentra pero que no obstante legitima el viaje: “Un medio legal para adquirir la propiedad por una posesión ininterrumpida” (43). Se trata de la tarea de conocer el territorio para el pillaje posterior. Fontana dirige la expedición de soldados porque conforman un grupo de hombres que pertenecen a “Un fragmento de la gran naturaleza saqueadora de la civilización” (39). La barbarie como reverso de la empresa civilizatoria: “en un país tan joven” en donde “es necesario matar a alguien” (27).

Fontana releva y escribe en el cuaderno de bitácora todo lo acaecido en su expedición financiada por el gobierno argentino a quien dará cuenta de sus hallazgos y sus penurias, como podemos leerlo en su libro *Viaje de exploración al río Pilcomayo* (1882). La novela de Rosenzvaig ficcionaliza y pone de relieve aquello que María Jesús Benites lee en otra novela latinoamericana –*El país de la canela* de William Ospina⁶–: “Tanto en la escritura de servicios como en el relato de viajes, el vínculo entre espacio y cuerpo es uno de los aspectos medulares de la escritura. La narración de las peripecias se impone y la geografía ingresa en tanto escenario de los sucesos” (Benites, 2011: 97). Sobre la extensión verdosa y salvaje cortada por la corriente de los ríos, la precariedad de la existencia se hace carne. El sufrimiento de los cuerpos se cuela en las descripciones de la naturaleza y ofrecen otra dimensión de lo humano: la insoportable picazón de los pies, los mohos y los gusanos implan-

⁶ La autora coincide en pensar la novela de Ospina en los términos de “ficción de archivo” que hemos anunciado en las primeras líneas de nuestra exposición y sobre el que volveremos en la última parte.

tados sobre la piel, el agotamiento, “Los microbios del río” que “imparten condenas a quienes necesita expíen sus delitos sin que enmienden o mejoren gran cosa” (Rosenzvaig, 2021: 28).

Fontana escribe sin parar al indagar sobre los obstáculos del viaje, explorar su posición como hombre en la naturaleza y en la sociedad. Las prácticas, los discursos, las representaciones e imaginarios alrededor de lo corporal son construcciones simbólicas, pero también sobre el rostro y la identidad (Le Breton, 2002: 13). La exacerbación de los límites de lo físico-corporal expone la conciencia ante un estado de fragilidad vital. Para Mabel Moraña “el dolor constituye una interrupción y una intervención en el curso de la vida, un elemento exógeno que modifica las relaciones intersubjetivas, la relación entre el yo y el mundo de las cosas, y del yo consigo mismo” (2021: 370).

Río de gelatina construye el tono de un discurso disfórico, sin posibilidad de reivindicación que aún es posible leer en la promesa de una nación reciente y pujante como deja entrever Fontana en su escrito, ya citado: “V.E. disculpará si me he distraído un momento del objeto primordialmente práctico de mi viaje, –pero la tarea ha sido por demás ruda, – hemos recibido fuertes lesiones en nuestros cuerpos, las impresiones morales han sido constantes que no es posible relegarlas al olvido” ... (1883: 18). La novela raja los discursos mitificadores de los primeros conquistadores y de un país en construcción. Como nos recuerda Sarissa Carneiro (al releer a Beatriz Pastor), se trata de una serie de textos inscriptos semánticamente en términos como “trabajos, infortunios, desventuras”, etc. (2021: 175). El “discurso narrativo del fracaso” permite un “progresivo dismantelamiento de ese discurso heroico” al poner de manifiesto la presencia de una naturaleza hostil, poderosa y violenta (que contrasta con la idea de botín), las acciones destinadas a la sobrevivencia en oposición a las imágenes de poder, gloria y riqueza y por último, la transformación de la figura del conquistador heroico hacia la de fracasado (2021: 176) que expresa la emergencia de una conciencia crítica alcanzada por la experiencia adversa que es posible leer en la construcción ficticia del naturalista Luis Jorge Fontana, pero que se insinúa en interrogantes como estos en la escritura original del expedicionario argentino: “¿Quiénes éramos? ¿Qué buscábamos? ¿Quién nos había lanzado hasta ese punto incógnito del espacio? (1883: 16).

La escritura se espesa como la selva...

Avanzamos todavía ciento ochenta metros sobre un fondo de arcilla y siempre la sonda marcaba dos y medio pies: precisamente medio pié menos que el calado de nuestras embarcaciones... (Fontana, 1883: 21).

Si “toda aventura tiene una memoria anterior” (Omar Ette en Pizarro, 2009: 58), *Río de gelatina* es la novela de un viaje atravesado por la memoria de otros desplazamientos por la geografía del Gran Chaco y sus ríos. Así, los gemidos no cesan mientras Fontana y sus hombres marchan embarrados hacia su origen (2021: 48). La novela del escritor tucumano se hilvana de manera exquisita y teje una gran biblioteca –en palabras de Carmen Perilli para pensar la narrativa latinoamericana (2011: 51)– en un continente donde la tensión entre oralidad y escritura es una herida fundacional y un tema recurrente: Así, Fontana anota sin pausa en sus hojas mojadas, mientras busca esas voces que lo invocan.

La novela se aproxima a la imagen de archivo puesto que da cuenta de las complejas operaciones de la literatura y donde el autor acepta la cercanía a una condición originaria de lector (Perilli, 2011: 53). Eduardo Rosenzvaig busca en el archivo, preserva y selecciona personajes de la historia, acontecimientos, textos... y los pone al servicio de su maquinaria poética. Leemos a *Río de gelatina* como una “ficción de archivo” porque se vincula con la historia y los elementos mediadores previos a través de los cuales se narró esa historia, ya sea documentos jurídicos de la época colonial o científicos del siglo XIX (González Echevarría, 2000: 50) en donde convergen disciplinas como la geografía, la historiografía, la antropología y también la literatura, en ocasiones discursos que no aplacan los combates de sentidos. La novela muestra las costuras de su armado, de su estatuto ficticio pero que no abandona una función recopiladora (González Echevarría, 2000: 237) repleta de huecos, borrones y olvidos.

Una “masa heteroglósica” de documentos, personajes históricos como nuestro coronel científico Luis Jorge Fontana –Fundador de la ciudad de Formosa–, Napoleón Uriburu, Pantaleón Gómez, Lucio V. Mansilla, involucrados en los acon-

tecimientos del Gran Chaco (administración, expediciones, guerras, enfrentamientos, etc.) que son representados e interpelados desde el presente. En la novela resuenan los ecos de otros viajes⁷, la lectura sedimentada de estos textos que intentan conocer esta región impenetrable. Así mismo, el propio archivo de Fontana⁸ quien ha registrado su exploración por los ríos Paraguay y Pilcomayo de “51 días, 200 leguas y 952 pesos de papel moneda” bajo el objetivo de estudiar la navegabilidad de los ríos y sus usos políticos y económicos para la nación argentina.

En 1882 Luis Jorge Fontana es enviado a una misión de rescate de los restos de otro explorador, el francés Jules Crevaux⁹ masacrado por indios tobas (Verón, 2002). Durante ese recorrido escribe *Viaje de exploración al río Pilcomayo* que un año más tarde será publicado por el Departamento Nacional de Agricultura de Argentina. Convencido de su tarea de servicio para un país naciente, en su texto se filtran expresiones de desolación, incertidumbres y preguntas:

Si alguna persona estraña hubiera llegado allí de improviso, al vernos, seguramente hubiera huido despavorida: no era posible imaginar que fuéramos explorados enviados por un Gobierno civilizado. – Parecíamos, mas bien, un grupo de salteadores ó de locos excitados, luchando desesperadamente por salvarse de un peligro inminente. [...] (Fontana, 1883: 25).

⁷ En 1721 la expedición comandada por el misionero jesuita Gabriel Patiño, con más dudas que aciertos. En 1741, otra expedición a cargo del jesuita Agustín Castañares. La de 1785 que logra demarcar los límites del río Pilcomayo y describirlo como “innavegable”. Otros viajes en donde se da cuenta de los obstáculos: los arenales, el bajo caudal, tanto las sublevaciones indígenas como hacia adentro del grupo de los exploradores (Verón: 2002).

⁸ Entre sus textos destacamos: *El Gran Chaco, descripción geográfica, fauna y flora del noreste argentino* (1881); *Explicación al plano general del Gran Chaco* (1882); *Viaje de exploración al río Pilcomayo* (1883) y por último, el *Viaje de Exploración a la Patagonia Austral* (1886) que lo revincula con el espacio del sur.

⁹ Escribe Fontana: “Era imposible seguir: fácilmente se comprenderá cual sería mi angustia al verme detenido por un obstáculo insuperable y ante el cuál todo esfuerzo era perfectamente inútil, máxime en circunstancias que veía realizado mi empeño, los justos anhelos de todos, - tal vez el hallazgo de los sagrados restos de Creveaux y de sus compañeros mártires, que á esa hora, -quien sabe si á pocos pasos de nosotros,- no eran profanados, una vez mas por los animales del desierto ó calcinados por los rayos solares que cruzan la misma línea del trópico... todo esto quedaba, por desgracia, malogrado...” (1883: 21).

Río de gelatina potencia esa mirada crítica en los ojos de Fontana, en el brazo amputado (el brazo indio) que expresa una otredad y que, si bien no cuestiona la misión civilizatoria, sí su violencia encarnizada. Los gemidos que se escuchan al inicio del relato no pertenecen al explorador francés, pista falsa si nos llevamos por la sospechosa curiosidad de leer el archivo Fontana. Esos llantos son las marcas de una oralidad contrapuesta al registro persistente que lleva Fontana en su cuaderno. Gemidos que rompen el silenciamiento de los pueblos indígenas y que narran el horror de una última excusión militar del gobierno argentino (1898) que masacró a más de cinco mil indígenas (Verón, 2002: 21). Imagen que se replica a lo largo de los siglos por todo el continente americano:

Llegan.

Ahí está el gemido.

Diecisiete payaguás.

Diecisiete individuos de la tribu payaguá llorando. Eso y nada más.

Son los últimos de la nación que diera nombre al Paraguay. Payaguá-í equivalente a “agua de los payaguás”, porque son indios navegantes, los que viven en canoas, amando sobre canoas... (Rosenzvaig, 2021: 188).

El viaje ha terminado y con él, “la raza paraguaya” (Rosenzvaig, 2021: 196) encuentra su fin, acorralada por asaltos, conquistas, expropiaciones, incendios. Solo queda el poder del registro, de la letra. Fontana y sus hombres escriben: “recogen palabras de los últimos diecisiete paraguás, anotándolas inútilmente en la libreta que, después, publicará inútilmente en su libro sobre el habla más compleja del río, porque buena parte de ha producido bajo el agua” (Rosenzvaig, 2021: 193). La naturaleza se doblega, sus pobladores originarios se someten, la resistencia se apaga. El mito de la nación se construye con fuego y sangre.

Así como la floresta y los ríos envuelven los cuerpos que los traspasan, así se cierran las páginas de *Río de gelatina*. Imagino una escena: Eduardo Rosenzvaig escribe como un pulpo. Hipérbole que contrasta con el manco de Fontana –y también con Miguel de Cervantes, el “otro” manco de Lepanto, cuyo proyecto de monumento en el medio de la selva fracasa–; no uno, múltiples textos. Algunos de ellos concluyen su ciclo de correcciones y se publican. Mientras tanto, *Río de gelatina* espera...

En su prólogo leemos: “La lengua de Rosenzvaig –lengua de iguana– dibuja un bucle en la espesura de ese monte” (Aguierrez, 2021: 12). Ese serpenteo verbal nos convoca a incursionar en su vastísima obra, en ese archivo de autor. A partir de la referencia a *Etnias y árboles. Historia del universo ecológico Gran Chaco* (2011), libro recobrado en una nota al pie en las páginas iniciales del libro (Aguierrez, 2021: 12) tomo el impulso para leer otra zona de su inmenso trabajo de historiador: “Los ríos tenían la función de clarificar, regularizar, domesticar. Los ríos eran lo único positivo. El desorden estaba en todo lo vivo. Y estaba también en las almas” (Rosenzvaig, 2011: 3). El interés sobre esta extensa región que es, no solo recuperada, sino problematizada: el ecocidio como el revés del etnocidio. Territorio y cuerpo en una unidad indisoluble. Historia, geografía, ecología, etnografía. Y por supuesto, la literatura que nos ofrece el regocijo de la palabra sin atenuar la gravedad de los acontecimientos narrados.